

Espiritualidad Apostólica Marista

E A M * Un intento de descripción

Podemos describir de un modo simple lo que es una Espiritualidad cristiana como un modo de seguimiento de Cristo hoy y aquí, bajo la acción del Espíritu. Es una praxis habitual que acentúa ciertos aspectos del seguimiento de Cristo sobre otros, que en un determinado tiempo de la historia o en una determinada cultura son un anuncio o una palabra viva para la sociedad o para la Iglesia. Así se da una nueva perspectiva desde la que se enfocan todos los aspectos del ser cristiano.

En la Espiritualidad cristiana, peculiar de la Vida Religiosa, todos los elementos que constituyen la Vida Consagrada se mantienen en todo su vigor: la experiencia de Dios, la comunidad, la pobreza, castidad y obediencia, el apostolado, la inculturación, la opción por los pobres, etc. No es lícito olvidar unos por enfatizar otros.

Pero lo que caracteriza y da originalidad y fuerza a una Espiritualidad es el enfoque que se le da resaltando algún aspecto importante alrededor del cual todos los demás se armonizan. Y al resaltarlos, se da lugar a diversas Espiritualidad. Por ejemplo, la pobreza, o la misión, o la oración litúrgica, o algún misterio de la fe como la Trinidad o la Pasión o la Resurrección. O según el lugar, puede darse una Espiritualidad oriental, o francesa, o latinoamericana, etc.

La Espiritualidad Apostólica enfoca el seguimiento de Cristo desde la misión evangelizadora. Es la Espiritualidad propia de los institutos de vida activa que han ido floreciendo sobre todo a partir del siglo XVI y muy especialmente desde que fueron aceptadas oficialmente, el año 1900, las Congregaciones apostólicas masculinas y femeninas.

La Espiritualidad Apostólica debe abarcar a toda la persona y todos los aspectos importantes del seguimiento de Cristo; pero todo se enfoca desde la misión. Entonces cada uno de esos elementos toma connotaciones nuevas: la experiencia de Dios ya no pondrá el acento en los rezos vocales y en los actos de piedad, sino en la oración personal y en el encuentro con Dios en la vida. La vida comunitaria ya no se centrará en la observancia regular, sino en las relaciones personales y en la misión. Los votos ya no serán sólo expresión de la entrega a Dios, sino que adquirirán una dimensión social de compromiso con el hermano. El apostolado enfatizará el aspecto de la justicia, de la opción por los pobres, de la inculturación, en respuesta a las necesidades más urgentes de hoy.

Al abordar el tema de la Espiritualidad Apostólica resaltamos por encima de otros aspectos el de la experiencia de Dios por ser el más importante y característico. Tiene como dos momentos: el encuentro con Dios en la oración personal, especialmente la contemplativa, y la expresión de este encuentro a la vida toda y muy especialmente a la acción apostólica.

Algunos puntos centrales:

1. **La gloria de Dios irrumpe "desatada y desenfrenada" por todas partes.** Así lo siente y lo vive el contemplativo en la acción. Descubre la esencia de lo sagrado en las cosas más humanas de la vida. Para él no hay nada que no sea un acto sacramental, una teofanía en la que emerge el rostro y la voz de Dios. Por lo mismo puede percibir su voz y vislumbrar su rostro en cualquier circunstancia y acontecimiento, por insignificante que parezca. Por esa misma razón derrocha compasión y sirve valiente y generosamente a los otros, porque son para él el icono sagrado de Jesús. Lugar de adoración, de comunión y de respuesta.
2. **Hacer experiencia de Dios en lo cotidiano.** El mundo es el lugar de la adoración de Dios. El Señor emerge en la misma densidad de las cosas, personas y acontecimiento, y es ahí donde el que vive la espiritualidad apostólica siente que Dios quiere ser escuchado, servido y amado. El mundo, la historia, el apostolado, no son obstáculos para el encuentro con Él, sino una mediación obligada.

No sólo se encuentra a Dios en la oración, sino que también el mundo es condición necesaria o camino para dicho encuentro.

Con términos de S. Ignacio se trata de un doble movimiento: descubrir a Dios y amarlo en el mundo, y amar en Él a todo el mundo.

Se trata de una espiritualidad que sobrepasa la oposición entre pura interioridad y mundo exterior, entre contemplación y acción. Haciendo de la contemplación una actividad de todo el hombre en todas sus circunstancias, y de la acción una praxis humana que es alcanzada críticamente por la contemplación de Dios.

3. **Adoptar esta actitud ante la vida requiere de un proceso.** Expongo aquí el que José Antonio García presenta en su artículo: "Místicos horizontales". El primer paso lo llama **hacer lecturas trascendentes de la vida**. Supone el ejercicio habitual de leer la historia, empezando por la propia, de una manera no superficial o plana, sino trascendente. Este ejercicio consiste en taladrar toda realidad o todo acontecimiento, todo aquello que nos sale al paso, hasta descubrir en su fondo un mensaje de Dios, despellejar las capas exteriores de la vida hasta llegar a su núcleo y percibir allí la cercanía amorosa y salvadora de Dios. ¿Qué me estará diciendo Dios con esto que me sucede? ¿Qué mensaje me quiere comunicar en esta circunstancia comunitaria, en este encuentro de profesores? ¿Cómo me ha hablado en el día de hoy? ¿Cómo se me presenta en esta persona concreta, en este niño o joven?

Madre Teresa, por ejemplo, al conocer la muerte de Lady Di, exclamó: "No siempre comprendo los caminos de Dios, pero esta trágica desaparición tiene indudablemente un significado más profundo de lo que una cree".

Este primer paso es básico y tal vez no sea errado afirmar que no estamos muy acostumbrados a él, aunque podemos exhibir ejemplos notables como los del Hno. Henri Vergès, Moisés Cisneros, los cuatro últimos mártires y tantos otros Hermanos.

El segundo paso es darse un espacio para que se produzca un encuentro cordial, afectivo y liberador con quien ha aparecido en el fondo de la lectura trascendente. Adorarlo, vivenciar la experiencia de pertenecerle y suplicarle que progresivamente vaya

produciendo el descentramiento. Vivir en el gozo de la confianza y de la entrega incondicional. Escucharle y disponerse a la obediencia, una obediencia radical. Experimentar también la acogida incondicional por parte de Él, su amor, su perdón. Percibir sus ojos que miran apasionadamente al mundo. Y acoger la invitación a participar en esa misma mirada y de la compasión de su corazón.

El encuentro es fundamental en el proceso. Madura cuidadosamente el corazón y lo dispone a dejarse sorprender por la presencia de Dios en los lugares más inverosímiles. A su vez, proyecta luz sobre el acontecimiento o práctica que le sirve de soporte. La acción que realizamos es jugada por la contemplación que estamos haciendo e invitada a colocarse en la óptica de Dios. Nuestra libertad se siente llamada a articularse obedientemente en la libertad de Dios. Verlo todo desde sus ojos y su corazón y hacerlo todo orientado hacia el horizonte de su Reino es la máxima pasión de quienes viven la espiritualidad apostólica, y la forma que adeptas su oración preferida.

En el fondo, ser contemplativo en la acción es vivir en tal escucha adoradora de Dios en el mundo que en ella nos podemos hacer constantemente la pregunta: ¿qué debo hacer? Y sospechar obedientemente la respuesta. El ejercicio de la presencia de Dios encuentra aquí concreciones muy profundas.

Terminado el encuentro, **se vuelve de nuevo al mundo**, a realizar la misma tarea pastoral, a encontrarse con las mismas personas o a vivir en la misma comunidad. Pero no se vuelve de la misma forma. La acción que se va a volver a realizar ha quedado bañada y dirigida por la contemplación de Dios y su mirada amorosa y crítica. De ahí la importancia de lo que se haya producido en el encuentro. La calidad de él marcará las características que adopte la acción que se vaya a realizar. Tengo la impresión de que perdemos garra y profetismo en nuestra vida porque no tenemos práctica habitual de estos encuentros personales y liberadores con el Señor.

Dice el P. Arrupe: "para un contemplativo en la acción, para un hombre apostólicamente integrado, toda experiencia de Dios es acción por los demás y toda acción por los demás es tal que le revela al Padre y le une más a Él afectiva y comprometidamente". Nunca mejor dicho en clave de unificación e integración de vida.

E A M * Con estilo propio

La Espiritualidad Apostólica es una espiritualidad que el Espíritu ha regalado a la Iglesia y de la que participan todos los religiosos de vida activa, también llamada apostólica. Nosotros nos inscribimos en ella como miembros concretos de una de esas familias y vivimos los rasgos de dicha espiritualidad con la originalidad que nos es propia por haber recibido una carisma específico en la Iglesia. En este sentido, el calificativo de Marista enriquece a la misma Espiritualidad Apostólica.

En el calificativo **Marista** entran la referencia al Fundador como inspirador y modelo, la devoción mariana y el mirar a **María como modelo**, el espíritu de sencillez, el espíritu de familia, el amor al trabajo, la fraternidad, nuestra identidad de hermanos, la misión entre los niños y jóvenes, especialmente los más pobres...

Cómo crecer en esta espiritualidad

• El apóstol contemplativo

San Ignacio de Loyola contribuyó a dar un vuelco al estilo de Vida Consagrada al desbancar la observancia regular del centro de la Vida Religiosa para colocar en su lugar la misión evangelizadora. El apóstol, urgido por el anuncio de la Buena Nueva, no podía dedicar largo tiempo al canto de las horas canónicas y a la contemplación. Pero tampoco podía renunciar a ser contemplativo. El P. Nadal, compañero de Ignacio, y el que mejor comprendió su mente revolucionaria, lo describió como un "místico de la acción" y dijo que su Espiritualidad consistía en "ser contemplativo en la acción". Es una nueva expresión de lo que San Ignacio afirmaba de sí mismo, que le era fácil "encontrar a Dios en todas las cosas". Él explicitó un nuevo camino de oración que ya estaba latente en muchos y que empalma directamente con el que había ejercitado San Pablo y sobre todo el mismo Jesús. San Pablo lo expresaba diciendo que había que "orar sin intermisión". Es el encuentro con Dios que se extiende a todo el tiempo - sin intermisión- y a todo lugar, en todas las cosas. Marcelino Champagnat le daría el nombre de "la presencia de Dios".

¿Es posible? ¿Acaso le es posible tener la mente fija en Dios a quien está absorto por un intenso trabajo apostólico? Algunos entendieron la continuidad materialmente -así los Masilianos en el siglo V- y dejando toda actividad se iban al cerro a rezar salmos y oraciones vocales. Pero al atardecer sentían hambre y bajaban a la ciudad a pedir limosna. La gente se escondía para no encontrarse con esos "ociosos". Tampoco es posible conseguir una continuidad psicológica sin poner en peligro la salud mental y la seriedad en el trabajo. ¿Cómo lograr, pues, ser contemplativos también en la acción?

La solución está en el *campo afectivo*. Hay que llegar a vivir en "*un estado de amor*" a Dios y al hermano que facilite y vuelva, incluso gozoso y necesario, el encuentro con Dios en todas las cosas y personas. No es tan difícil para quien tiene el hábito de la oración personal, porque ella va llevándole a un intenso crecimiento en la fe y el amor hasta llegar a una estabilidad afectiva centrada en el Señor y en las cosas de su Reino. Es como el estado afectivo en que vive una madre respecto de su hijito. No es que ella esté pensando continuamente en él; tiene muchas cosas en qué pensar. Pero tiene una profunda vinculación afectiva con su hijo que hace que todo lo que le sucede a él repercute en ella en forma de amor. Si el niño se ha herido y viene llorando, la madre sufre y lo abraza. Y si viene feliz contando el premio que le han dado en la escuela, la madre se siente más feliz que si ella lo hubiera recibido.

El religioso que vive en "estado de amor" todos los acontecimientos adquieren un sentido religioso, le *religan* afectivamente y le ponen en comunicación con el Señor. Pero para llegar a la cumbre es preciso emprender la ascensión que suele ser larga y penosa. Para llegar al estado de amor es necesario pasar por la "*conversión afectiva*". El crecimiento en el amor -resultado de la oración contemplativa y de la acción apostólica- lleva a salir de sí mismo para vivir sólo para el Señor y para los hermanos. La conversión está hecha cuando el Religioso ya no tiene intereses personales ni ambiciones de poder ni de dinero. El amor ha ido invadiendo el corazón y todo él queda empapado por los intereses del Reino de Dios. Ahora experimenta que la fe se ha robustecido y que encuentra a Dios con más frecuencia y que sabe descubrir en el sufrimiento su sentido salvífico. Y sobre todo, experimenta que ama más a los otros, que tiene más espíritu de servicio, que sabe ponerse en la situación del hermano, que va creciendo la sed de Dios y la necesidad de entregarse en cuerpo y alma.

Nos gustaría saber si ya se ha realizado en mí esta conversión. No es difícil comprobarlo. En esos momentos de distensión y tranquilidad, en que no tengo una preocupación inmediata, cuando me pongo a soñar despierto, ¿hacia dónde vuela espontáneamente el corazón? Si yo sigo siendo el centro de mis intereses y preocupaciones, el corazón dará vueltas sin cesar alrededor de mí y de mis cosas. Pero si el centro de mi atención y afecto es el Señor y los demás, será indicio de que mi corazón se ha convertido. Ya no vivo para mí, ya mi vida dejó de estar centrada en el egoísmo y se ha centrado en el amor.

• Unir oración y vida

Conviene notar que la oración del apóstol se orienta siempre a la acción, como vemos en Jesús. Busca para orar un lugar solitario. Pero cuando Simón y sus compañeros quieren llevarle al punto de partida, responde: "Vámonos a los pueblecitos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he salido" (Mc 1,38).

Cada vez que el religioso se recoge ante el Señor, lleva ante Él a todos los que le están confiados. Quizás la prueba más convincente se halle en lo experimentado por las comunidades insertas. El pobre entra en la oración con sus problemas y con sus luchas. Introduce al religioso en el misterio de Dios, desvelándole facetas hasta entonces ocultas. Se redescubre en la religiosidad popular el sentido de ejercicios de piedad abandonados: Rosario, novenas, romerías. El pobre despoja de toda falsa seguridad y relanza hacia el Absoluto de Dios. No hay más fundamento para la vida que el mismo Dios. "Solo Dios basta". Se libera la vida del individualismo y se abre a la gratuidad.

La oración se hace más viva y comprometida. Se alimenta de la experiencia concreta del pueblo. Aparece como un situarse ante Dios presentándole la vida del pueblo en una expresión de alabanza, clamor y agradecimiento. Los religiosos aprenden a convertir en oración el conflicto, que es la realidad cotidiana del pobre. Los conflictos se convierten en el fondo de la oración. Se alcanza una lectura más existencial de la Escritura, dentro de la situación social y de la comunidad creyente. Es un descubrir cómo Dios ama al ser humano por sí mismo, con sus límites, bajo la explotación y en el abandono. Hasta recobrar el gozo de la alabanza por las cosas más comunes e inmediatas que antes pasaban desapercibidas.

Se requiere un estilo de oración fiel y perseverante, pero libre en sus modalidades. San Vicente de Paul lo explicaba muy detalladamente: "Hijas mías, para el consuelo de la que está en quehaceres difíciles, os diré que no se admite retraso alguno cuando se trata del servicio a los pobres. Si, a la hora de vuestra oración, por la mañana, tenéis que ir a llevar una medicina, marchad tranquilamente; después de un acto de resignación con la santa voluntad de Dios, ofrecedle vuestra acción, unid vuestra intención a la oración que se tiene en la casa, o en otras partes, y marcharos sin ninguna preocupación. Si, cuando estáis de vuelta, vuestra comunidad os permite hacer un poco de oración o de lectura espiritual (estupendamente). Pero no tenéis que inquietaros por ello, ni creer que habéis faltado, cuando la perdáis; porque no se la pierde cuando se la deja por un motivo legítimo. Y si hay algún motivo legítimo, mis queridas hijas, es el servicio del prójimo. El dejar a Dios por Dios no es dejar a Dios, esto es, dejar una obra de Dios para hacer otra, o de más obligación o de mayor mérito. Dejáis la oración o la lectura, o perdéis el silencio por asistir a un pobre: pues sabed, hijas mías, que hacer esto, es servir a Dios".

No siempre los que se tienen por expertos aceptan esos planteamientos. Un censor de su proceso escribió sobre Juan Bosco: "En tema de oración propiamente dicha, de la cual todos los fundadores de las nuevas congregaciones han tenido la mayor estima, se puede decir que no encuentro nada". Afortunadamente para el santo, hubo quien supo juzgar globalmente su modo de orar. Profundamente verdadera, su oración se actuaba como presencia y atención a Dios en la continuidad de la vida diaria.

En el proceso de vida de oración se van uniendo cada vez más oración y vida. La vida misma se convierte en materia de contemplación al descubrir a Dios amorosamente presente en ella. Esto no absorbe la atención que hay que poner en la actividad que se realiza, pero sí me pone en un contacto instantáneo con Él, tal vez sin palabras. Se puede describir como en tres pasos: En un primer momento la persona tiene como una conciencia difusa de la presencia de Dios, algo así como una música de fondo que crea un ambiente cálido. El segundo paso es el de la oración propiamente tal, "un diálogo flash", al ponerse en contacto con Dios, tal vez con una palabra interior: gracias, ayúdame, ilumíname, consuélalo, cúralo... según la situación. Luego, al fin, se continúa la acción colaborando en la obra salvífica que el Señor está realizando en el corazón de cada persona. Es tomar conciencia de estar actuando como instrumento en manos de Dios y poner toda la atención y empeño en la realización de lo que se está haciendo.

• Para compartir en grupo

- Resonancias del texto
- Preguntas que nos surgen. Interpelaciones
- Compartir alguna experiencia personal que diga relación con algún punto del texto.